

ESCENA XIII

DICHOS, DOÑA ROSA, DON BLAS, DOÑA RAMONA
y DON GIL

(Todos acuden al grito de Lola.)

GIL.

RAMONA.

BLAS.

{¿Qué?

(Viéndola desmayada.)

¡Dolores!

ROSA.

FERNANDO.

ROSA.

BLAS.

(Á Fernando con angustia.) ¿Y Miguel?

Partió... (Muy enojado.)

(Echándose en brazos de Doña Ramona.)

¡Dios vaya con él!

¡No!...—¡Sí, que es huérfano ya!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Patio de casa andaluza, con macetas, etc., donde no estorben.—Á la izquierda del espectador un arco y el primer peldaño de una ancha escalera.—Allá, en el mismo lado, puerta de una sala baja.—Á la derecha, en segundo término, puerta del despacho de Don Blas.—(Si hay jaulas, que no tengan pájaros, para que no canten.)—En el fondo, en medio, gran salida al portal, con cancela de hierro, cuya parte céntrica se abre y se cierra.—Más allá se ve la calle.—Á la izquierda, la mesa que había en el propio lado en el salón del acto primero.—Las mismas sillas junto á las paredes.—El sillón de Don Blas á la derecha del proscenio, y otro mueble grande.—(Hay toldo.)

ESCENA PRIMERA

DOLORES y FERNANDO

(Dolores está sentada junto á la mesa, bordando, con los pies en los palos de una silla de altura tan regular como la que ella ocupa.—Fernando sale del despacho.)

FERNANDO. (¡Ah! ¡Dolores!)

DOLORES.

(¡Ah! ¡Fernando!)

FERNANDO. ¿Sola?

DOLORES.

Sí...

FERNANDO.

¿No duermes siesta?

DOLORES.

No tengo sueño.

FERNANDO.

¿Hace mucho que estás?...

DOLORES.

Á las tres y media bajé...

FERNANDO.

¡Bah! ¡y yo sin saberlo!
No bien comí, á toda prisa

- me vine..., y desde las dos
estoy en el despacho...—¡Buena
me la he dado de papeles!
- DOLORÉS. Hoy ha sido tu tarea
de otra clase...
- FERNANDO. Sí. Es domingo...
Dejé cerrada la puerta
de la Fábrica, y me dije:
«Aprovecharé la fiesta,
yendo esta tarde á la villa...»;
¿á qué dirás?
- DOLORÉS. (Con intención.) ¿Á ver cuéntas?
- FERNANDO. No tal...—Yo nunca las miro...—
Don Blas se encarga de hacerlas...—
Mi único oficio es el hierro...
- DOLORÉS. ¡Bien se te conoce á legual!
- FERNANDO. (¡Ya principia!)—Los papeles
vine á estudiar de tu herencia...
- DOLORÉS. (Con melancolía.)
¡Ah, sí...; lo de Buenos Aires!
- FERNANDO. Ya todos los tengo en regla...,
y tu derecho ha ganado
en claridad...—Si pudiera
marchar yo, con los poderes
que habéis hecho en favor de esa
persona amiga del Cónsul...,
¡cátate rica!
- DOLORÉS. ¡Opulenta! (Con dulce broma.)
¡Sobre todo, si te ahogabas
como mi padre!—Desecha
tal propósito...—Tu vida
vale más que mis riquezas.
- FERNANDO. (¡Segunda pulla!)—¿Qué haces?

- DOLORÉS. ¡Nada!... No mires... (Retirando el bastidor.)
- FERNANDO. ¡Bah!..., deja...
- DOLORÉS. ¡Cuando esté ya concluída!...
- FERNANDO. ¡Ah! Bordas una pechera... (Triste.)
¿Es para... Don Blas?
- DOLORÉS. ¡No, tonto,
que es para til
- FERNANDO. ¡Siempre buena!
- DOLORÉS. ¡Siempre!... (Se turba.)
¡Mire usted quién habla!
- FERNANDO. ¿Á qué viene esta fineza?
- DOLORÉS. ¡Bien! ¡la desairas!
- FERNANDO. No, hija;
que la estimo muy de veras,
y la...—¡Hoy hace un bochorno
terrible!... ¡Va á haber tormenta!—
Mas lo mejor olvidaba...—
Dolores... Me da vergüenza...
- DOLORÉS. ¿De qué?
- FERNANDO. De que mis fondos,
por la presente, no llegan...
- DOLORÉS. Bien..., bien... (Confusa.)
- FERNANDO. ¡Vaya!... No te apures...
- DOLORÉS. Me apuro por si mi herencia...
- FERNANDO. ¿Qué? ¿que no me pagarías?—
¡Como si algo me debieras!—
Diez y seis onzas de oro
te doy aquí...—Yo las treinta
quisiera darte...; mas, hija,
no podrá ser hasta ferias.—
(La echa un paquete en la falda, y para cambiar la
conversación se pone á mirar á lo alto de las pare-
des, y dice:)

¡Mira!... ¡mira qué hambre tienen las golondrinas! ¡Qué gresca! ¡Y todo porque la madre vuelve ya con la merienda!—
(Nueva transición, y acercándose á Dolores.)
¡Pues sí! Tu derecho es claro. No hay más que marchar á América; cotejar copias y títulos; echar mano al que detenta tus créditos y tus fincas; venderlo todo..., ¡y de vuelta!— Si quieres...

DOLORES. ¡Te lo prohibo!
¡Ya iré yo... cuando Dios quiera!...

(Riéndose.)

FERNANDO. (Echa á andar despacio, diciéndose:)
(Pues, señor, quedaré limpio...,
(Tocándose al bolsillo.)
¡más limpio que una patena!)

DOLORES. (Soltando el bastidor, y con gravedad.)
Oye.

FERNANDO. ¿Qué? (Llegó la crisis.)

DOLORES. Siéntate aquí...

(Le señala la silla en que tiene los pies.)

FERNANDO. (Señalando arriba, y defendiéndose de su júbilo.)
¿Y si despiertan?...

DOLORES. ¡Siéntate!—Tú me aborreces.

FERNANDO. ¿Yo?

DOLORES. No..., no...—Tú me desprecias.

FERNANDO. ¡Lola!

DOLORES. Sí...; yo soy muy mala contigo...

FERNANDO. ¿Tú?...—¡Qué ocurrencia!

¡Vamos!... Borda...—Quiero verte.

DOLORES. No: respóndeme.—¿Qué piensas que hago yo con estas sumas que me das?

FERNANDO. ¡Lo que tú quieras!—
¡Yo no sé!

DOLORES. Mientes.—¿Qué hago?
FERNANDO. Socorrer pobres...—¡No vuelvas á las andadas!... Tú crees que yo sigo con aquellas necedades; que estoy triste y ofendido...

DOLORES. ¡Justo!

FERNANDO. ¡Mera tontería!

DOLORES. ¡Y con favores de mi ingratitud te vengas!

FERNANDO. ¡Dale! ¡No sé ya qué hacerme para que...—Desde la escena de marras, ¿he vuelto á hablarte sobre la antigua contienda?— ¿No me paso allá en la Fábrica, solo..., semanas enteras?

DOLORES. Nada has dicho; pero á mí me lo dice mi conciencia.— Si en la Fábrica trabajas tanto, que sobre ti llevas el peso de esta familia, es por mí; por la promesa que te hicieron de mi mano..., á instancia tuya...—¿Lo niegas?

FERNANDO. No lo niego... Pero entonces yo ignoraba la existencia

- de otro amor...
- DOLORS. Que tú has soñado...
- FERNANDO. No: que tú sientes.—¡Recuerda lo que pasó aquella noche al irse Miguel!...—Mas sea lo que fuere; suponiendo que ya le olvidaste, á fuerza de desengaños...—¡Sé franca! ¿sientes que yo no te quiera?
- DOLORS. Si no me quieres, ¿qué importa que lo sienta ó no lo sienta?
- FERNANDO. ¡Toma!...
- DOLORS. ¡Cómo me calumnias!—
¡Pobre Fernando!
(Con hidalguía.—Vuelve á coger el bordado.)
- FERNANDO. (Incrédulo.) ¿Son quejas?
- DOLORS. No: es que siento que me odies al dejar de amarme...
- FERNANDO. ¡Terca!
¡Tendré que estallar!—¡Yo odiarte!...—
Pues sí... (¡Estoy tan cerca de ella!)
(Retira algo la silla.)
- DOLORS. (¡Aún está muerto por mí!)
- FERNANDO. (¡Aún por Miguel está muerta!)
- DOLORS. Vamos..., ¿que ibas á decirme? (Con gracia.)
- FERNANDO. (Triste y digno.)
Que amar puedes á quien quieras...,
que tu ventura me basta...
(¿Por qué me senté tan cerca?)
- DOLORS. ¿Y Don Blas? ¿Qué dice ahora?
de esta indefinida tregua?
- FERNANDO. Don Blas..., como ignora aquello...—
(Mohín de Dolores.)

- ¡hazte cargo!—toma á ofensa la cosa...—Pero es conmigo.
- DOLORS. No me maravilla... Él cuenta con que yo... (Hipocresía.)
- FERNANDO. Acaba la frase.
- DOLORS. Diré amén...
- FERNANDO. ¿Por obediencia? (Resignado.)
- DOLORS. (Impaciente.)
¡No me hostigues á preguntas!—
¡Figúrate las respuestas!
Y sabe, de hoy para siempre,
que yo, de cualquier manera...
me tendré por venturosa,
con tal que tú no padezcas.
- FERNANDO. ¡Dolores, este es el cuento de nunca acabar!
- DOLORS. ¡Paciencia!...—
¡La culpa es de que hay celosos!
- FERNANDO. ¡La culpa es de que eres hembra!
(Voces y gritos en la escalera.)
- DOLORS. ¡Retírate!...—¡Don Blas baja!
- FERNANDO. (¡El demonio que la entienda!)
(Entra en el despacho.)

ESCENA II

DON BLAS, DOÑA ROSA y DOLORES (bordando).

- ROSA. ¡Te digo... (Dentro, en la escalera.)
- BLAS. ¡No me lo niegues!
(Bajan á la escena.)
- ROSA. ¡Blas, por Dios!
- BLAS. ¡Y por los Santos!

¡Como ese collar vendiste,
venderás hasta los clavos,
y pediremos limosna
para que él goce entretanto!—
¿Te figuras que yo ignoro
lo que en casa está pasando?—
¿Qué ha sido de tus diamantes?
¿Qué de tus perlas en ramos?
¿Qué de tus grandes ahorros?
¿Y qué, en fin, de tanto y tanto
dinero como me pides
y te doy hace dos años
sin preguntarte el objeto?
¡Bien! ¡todo se lo he mandado!—
¡Y he dispuesto de lo mío;
que para eso me dotaron
mis padres, que de Dios gocen!—
¿De qué te quejas, avaro?—
¡Es mi hijo!

BLAS. Pero...

ROSA. ¡Es mi hijo!...

Y no quiero...—¡de pensarlo
me vuelvo loca!—que pase
ningún apuro.

BLAS. ¡Buen pago
te da el niño!... ¡Carta suya
no has tenido desde Marzo!

ROSA. ¿Qué será de él?

BLAS. ¡Divirtiéndose
estará! ¿No me has contado
varias veces que era rico;
que hacían en los teatros
sus óperas; que el Gobierno

le nombraba diputado;
que iba en coche, y que tenía
tres periódicos?...—¡Yo extraño
que, no obstante, me arruines
por ayudarle!...

ROSA. ¡Lo raro

sería que no lo hiciera!

BLAS. ¡Perfectamente!—Entretanto,
yo sé el abismo sin fondo
que hay abierto ante mis pasos.—
El mismo Fernando ignora
de mis cuentas el estado...;
¡pero á los dos os advierto
que se aproxima el naufragio!...—
¡Cuando la nave se hunda,
cuando vengan á embargarnos,
cuando al hospicio nos lleven...,
no os quejéis del pobre anciano!
¡Quejaos de aquel que me acosa,
en vez de prestarme amparo!

ROSA. (Muy dulce.)

¿Qué sabemos si muy pronto
no tocará el desengaño,
y amante vendrá en tu auxilio?

BLAS. ¡No le esperes!

ROSA. ¡Yo le aguardo!—

¡Anoche, sin ir más lejos,
soñé que entraba!...—¡Tan guapo!
¡tan arrepentido!

BLAS. ¡Es tarde!

ROSA. ¡Nunca lo es en estos casos!
¿Ignoras tú que en la Biblia
cuenta yo no sé qué Santo

la historia de un *Hijo pródigo*
que al volver fué perdonado?

BLAS. ¡Yal... ¡Pero el nuestro es peor!

ROSA. ¡Peor..., con veintidós años!

BLAS. ¡Para arruinarme y perderme
nació viejo el insensato!—

¿Recuerdas, mujer, recuerdas
cómo, cuando era muchacho,
bendecíamos al Cielo

que nos le diera tan sabio,
tan grande, tan decidido?—

«¡Fuerte será nuestro báculo!»

(decíamos). Pero ¡ay, triste!

¡que ha sabido demasiado

para tener corazón

y sentimientos humanos!

ROSA. ¡Hombre!..., ¡por Dios!

BLAS. ¡No disculpes

un proceder tan ingrato!—

Cuando él era débil niño,

yo le llevé de la mano...,

¡y hoy que soy débil y viejo,

no me presenta su brazo!

(Aparecen del brazo en el portal Don Gil y Doña Ramona.)

DOLORES. (Desde su silla, con presteza.)

¡Don Gil y Doña Ramona!...

ROSA. (Con alegría.)

¡Qué oportunos!

(Á Don Blas.) ¡Calla!

BLAS. ¡Callo!

¡Pero ya hablarán los hechos...

y oirán los sordos al cabo!...

ESCENA III

DICHOS, DON GIL y DOÑA RAMONA, del brazo,
con lujo veraniego, pero algo ridículos.

GIL. } ¡Buenas tardes! (Las señoras salen á recibirlos.)

RAMONA. }
LOS DEMÁS. } ¡Buenas tardes!

RAMONA. ¿Qué tal?

ROSA. Pasando.—¿Y usted?

GIL. Don Blas: una palabrita...

(reservada...) (Le señala al despacho.)

BLAS. (Azorado.) Mejor es (Reservado á Don Gil.)

entonces, no ir al despacho,

pues Fernando se halla en él.—

Hablaremos allá fuera... (Señalando al portal.)

GIL. Admirablemente.—Pues... (Se alejan.)

(Durante toda la escena hablan con animación en el portal.—Don Blas muestra grande apuro.—Las mujeres, después de muchos cumplidos y reunir sillas, se sientan en el proscenio.—Dolores borda, pero no quita ojo á Don Gil y Don Blas, y ajusta alguna vez cuentas con los dedos.—Doña Ramona está sentada entre las dos.)

ROSA. Conque dígame, vecina:

¿Qué tal de casada?

RAMONA. Bien...—

Gil dice que está contento,

y yo..., con tanto que hacer...,

¡Jesús!..., se me pasa el día

en menos de un santiamén.

ROSA. Así es que nunca la vemos

por aquí...—Hará más de un mes

- RAMONA. que no sé si es muerta ó viva.
¡Como no pongo un pie
en la calle!...—Hoy he salido
por la precisión de ver
si en las tiendas...—Pero no
crea usted que es cosa de...—
(Se tapa el rostro con el abanico.)
¡Está muy fresco este patio!
Han hecho ustedes muy bien
en bajarse...—Ya otro día
más despacio volveré,
y hablaremos...—Ahora he entrado
porque Gil mostró interés
en ver á Don Blas hoy mismo...—
(Mirando la pechera que borda Dolores.)
¡Preciosa! ¡Qué sencillez!...—
¡Ah! Lo mejor olvidaba... (Á Doña Rosa.)
¿Hay noticias de Miguel?
- ROSA. (Bajando la voz.)
Sí, señora...—De él hablábamos...
- RAMONA. ¿Y sigue en Madrid?
- ROSA. Sí: el juez,
que ha llegado, nos ha dicho
(Indicando que á ella y á Dolores solamente.)
que lo encontró en un café,
tocando el piano..., y pudo
darle mis perlas...
- RAMONA. ¿También?
- ROSA. ¡Pues claro! (Muy en secreto.)
(Á Dolores la impacientan estas confianzas.)
- RAMONA. ¡Cáscaras!
- ROSA. De esto
hará ya dos meses...

- DOLORES. Tres.
- ROSA. Pero cuidado, vecina,
que no se lo cuente...
- RAMONA. ¿Á quién?
- ROSA. Á nadie.—¡Ni á mi marido,
que sospecha!...
- RAMONA. Callaré.—
Y ¿no escribe?
- ROSA. No, señora:
desde que salió de aquel
lance, ni una letra ha escrito...
- RAMONA. ¡Pues ya era tiempo, á mi ver,
de que se hubiera casado
con la Condesa!
- ROSA. ¡Así él
lo esperaba!...—En cuanto á ella,
hija..., ¡lo quiere á perder!
- RAMONA. ¡Dios lo haga!—¿Y tú, Dolores?
¿Cuándo te casas?
- DOLORES. (Tranquilamente.) No sé.
- ROSA. Eso es cosa de mi Blas...
Las desgracias de Miguel
le preocupan de tal modo,
que en nada piensa...
- RAMONA. ¡Chochez!—
Gil: ¿vamos?
- GIL. ¡Mujer!...; ya voy,
- RAMONA. Son las cinco...
- GIL. ¡Voy, mujer!
- RAMONA. Parece que se pelean...
- DOLORES. No, señora...
- RAMONA. (Significando su interés por Gil.)
Es que ¡ya ves!...—

Y, volviendo á nuestro joven:
¿Se supo al cabo qué fué
lo de ir á Italia?

- ROSA. ¡Emigrado!
- RAMONA. ¡Jesucristo! (Se santigua.) ¿Y eso, qué es?
- ROSA. ¡Hija! ¡Se metió en política,
y me lo engañaron!...—Diez
mil reales me costó aquello...
- RAMONA. ¡Vaya un mocito! ¡Conque él...
política..., desaffos!...—
¿Y la herida?
- ROSA. Dice el juez,
que sanó...—;Dios le perdona
lo que me ha hecho padecer!...—
Dos veces ha estado en grande...
Pero, yo no sé por qué...
(sin duda cambios políticos)
vive en continuo vaivén...—
Ahora pensamos mandarle
bastante dinero...—;Ay! ¡Es
cosa que me parte el alma
pensar que para comer
toca el piano ante un público!...
- RAMONA. ¡Es cruel..., sí..., muy cruel!—
Yo, si el Señor me da hijos,
no les enseño á leer.—
Por lo demás, su viaje
fué marcada insensatez...—
¡En Madrid, según noticias,
hay demasiado tropel
para que chicos y grandes
puedan á un tiempo comer!
La mitad de las familias

viven esperando vez,
y nadie habla de otra cosa
que de *subir ó caer*...
Para que se sienten unos,
otros se quedan de pie,
y á gritos los empleados
andan siempre con los ex.
En fin, mi primo decía
que es allí gracioso ver
cómo de dos en dos años
el haz se trueca en revés,
y, á la voz de *crisis*, todos
cambian de sitio y papel...—
¿Y tú, Dolores? ¡Tan sería
como siempre!...

- DOLORES. (Con burla muy fina.) Oyendo á usted.
- GIL. ¿Vamos, Ramona?
- RAMONA. ¡Acabaras!
- GIL. (Á Don Blas.)
Convenido: hasta después.
- RAMONA. Señoras...
- ROSA. Abur, vecinos...
- DOLORES. (Desde la cancela.)
Que ustedes lo pasen bien.

ESCENA IV

DOÑA ROSA, DOLORES y DON BLAS

(Al regresar del fondo las dos mujeres, Don Blas cae anonadado en el sillón que hay á la derecha del proscenio.)

- BLAS. ¡Oh!
- ROSA. ¡Blas!..., ¿qué tienes?, ¿qué es eso?

DOLORES. Padre...

BLAS. ¡Rosa, no hay amparo!
¡Llegó lo que me temía!—
¡Estoy en quiebra!

ROSA. ¡Dios santo!

BLAS. ¡En quiebra total! Mañana,
de las letras vence el plazo...
Se niegan á todo arreglo...
¡Vendrán á cobrar, y el pago
me es imposible!

ROSA. ¡Repórtate!

¡Ya esperarán!
(Dolores, inmóvil, en medio de la escena.)

BLAS. ¡Ni soñarlo!—
Don Gil ha venido á escape
á prevenirme...—¡El malvado
del fabricante vecino,
buscando siempre mi daño,
se ha hecho endosar las tres letras,
y ya ha visto al escribano
y al juez, para que estén prontos
al protesto y al embargo!...—
Rivales nuestras industrias,
en nada tendrá reparo...—

ROSA. ¡La casa!..., ¡la Ferrería!...,
¡todo pasará á sus manos!
Mas ¿no habrá ningún remedio?
BLAS. ¡Ninguno! Estoy arruinado.—
¡Para solventar mañana
nueve mil duros muy largos,
de mi propia pertenencia
no tengo en caja ni un cuarto!..
En ella quedan tan sólo

los diez mil duros exactos
que el pobre Fernando impuso,
por ayudarme, ha dos años...
Mas yo no quiero ni debo
arruinar á ese cuitado...

¡Sálvese siquiera uno
de este espantoso fracaso! (Se levanta.)

ROSA. Tú harás lo que te parezca...
(Dolores de pie junto á la mesa, sin mirarlos.)

Mas no temas arruinarlo
si á él acudes, pues te consta
que se guardó á buen recaudo...

BLAS. ¡Ya! La mitad de la suma,
que, de un modo voluntario,
me ofreció la noche aquella...

ROSA. ¡Otros diez mill!...—¡Convengamos
en que podrá no ser listo;
pero no peca de incauto!

BLAS. Pues por eso, y porque sigue
su casamiento aplazando;
porque la desconfianza
regula ha tiempo sus pasos,
no he de tratar como á socio
al que ya fué... reservado:
¡ni á un menor de edad permite
la ley semejantes pactos!...—

¡No tengo, pues, más recurso
que soportar el embargo;
dejar que lo vendan todo,
y echarme de Dios en brazos!

DOLORES. (Acercándose reposadamente.)
Le queda á usted un remedio...

ROSA. ¡Díselo!

- DOLORS. Responda:—¿En cuánto tasa usted la Ferrería?
- BLAS. Hija..., con tantos atrasos, estoy sin carbón ni hierros..., el local se viene abajo..., y apenas valdrá ya todo seis mil duros mal contados.
- ROSA. (Á Dolores.) También nos queda esta casa...
- DOLORS. Pues... lo dicho.—Que Fernando les compre cuanto poseen, casa, Fábrica, artefactos; que, con los diez mil de entonces, las letras pague en el acto, y, con los diez mil de ahora, reorganice los trabajos.—¿No le conviene la Fábrica?—¿Que la venda y vuelva al campo!—Labrando empezó su vida..., ¡pues que la acabe labrando!
- BLAS. ¿Y nosotros? (Con dignidad.)
- DOLORS. ¡Viviremos con él!
- BLAS. ¿Cómo?
- DOLORS. Pues es llano: ¡como una sola familia!—¿No sois mis padres?... ¡Me caso con quien les compra sus bienes, y todo queda arreglado!
- ROSA. ¡Dolores! (Con asombro.)
- BLAS. (Con ternura.) ¡Dolores mía!
- DOLORS. (Muy serena.) Por lo demás, á Fernando

- le conviene, pues él dice que mi herencia es oro en paño.—Conque háblele usted hoy mismo.
- ROSA. Pero ¿tú le quieres?
- DOLORS. (Con energía.) ¡Claro!
- BLAS. ¿Y él á ti?...
- DOLORS. (Sonriendo tristemente.) ¡Con toda el alma!
- BLAS. Entonces, ¿por qué dos años habéis estado angustiándome con dilaciones y plazos?
- DOLORS. ¡Por nadal! ¡Por tonterías!—
(Mirando con severidad á Doña Rosa.) No hay que hablar más: nos casamos.—Dígaselo de mi parte. (Á Don Blas.) Y usted..., recobre ese ánimo. (Á Doña Rosa.)
- ROSA. Deja... (Llorando.)
- BLAS. Cuando yo me alegro, ¿qué significa ese llanto?
(Fernando aparece en la puerta del despacho.)
- DOLORS. (Vivamente á Don Blas.) ¡Padre! Fernando allí asoma... Háblele usted...—Yo me marchó.
- FERNANDO. (Marchando hacia el portal.) Buenas tardes...—Voy á casa, y vuelvo...
- BLAS. Espera...—Dejadnos.—
¡Adiós, hija!—¡Rosa, adiós!...
(Las abraza.)
- FERNANDO. (¡Esto me huele á chubasco!)
(Se van las mujeres, llevando Dolores á Doña Rosa cogida por la cintura.)

ESCENA V

DON BLAS y FERNANDO

BLAS. ¡Fernando, no puedo más!
Si callara, ¿qué dirías?—
¡Tú mismo me acusarías
de ingratitud!...

FERNANDO. ¿Yo, Don Blas?

BLAS. Oye.—Desde que nací,
sin descanso trabajé,
y con mi sudor regué
el pobre pan que comí.
Vi que á mis padres un día
los cansaba ya la edad,
y fuí de su ancianidad
amparo, sostén y guía...
Aún muertos no los lloraba,
cuando ya, en torno de mí,
mi propia familia vi
que ayuda me demandaba...
¡Y, en mi honor los ojos fijos,
batallé sin descansar,
feliz en alimentar
á mis padres y á mis hijos!—
Así transcurrió mi vida...,
y hoy, que la siento acabarse,
un báculo en que apoyarse
busca mi mano aterida.
¡Sin él me ha dejado atrás
de un hijo la ingratitud...,
y ha de ser mi senectud
báculo de los demás!—

¡Imposible! Ya mis hombros
no soportan el trabajo...
Mi casa se viene abajo
y me envuelve en los escombros.—
¿Qué hacer? ¿Se me acusará
si te digo que adelante
no puedo seguir?...—¡Bastante,
bastante he luchado ya!—
Yo seguiría callando
hasta caer...—¿Qué me importa?
¡Será mi vida tan corta!...—
Pero ¿y ellas?... Di, Fernando,
¿y ellas?—Tú las amas... Yo
sé que eres bueno y honrado,
y el cielo en ti me ha pagado
el hijo que me quitó...—
¡Ah! Sustitúyeme... ¡Toma
el puesto aquí que yo dejo...;
reemplaza á este pobre viejo
en su hogar que se desploma!
De esas dos prendas que amo,
sé el padre...; ordena sin tasa...
¡Yo te confío mi casa!...
¡Sé tú de mi casa el amo!

FERNANDO. ¡Cómo! ¿Qué debo yo hacer? (Asustado.)

BLAS. Oye. El ingrato hijo mío
por la senda sigue impío
que su orgullo le trazó.
Su madre le ama de modo,
que en su bien mi hacienda arrasa...;
¡él se lleva de esta casa
alhajas, dinero, todo!
Y así, tras tanto pesar,

hoy el más horrible pruebo...:
 ¡me demandan lo que debo,
 y no lo puedo pagar!
 ¡Vendrán á embargarme, sí...,
 no solamente mi hacienda!...
 ¡de mis padres la vivienda!...
 ¡esta casa en que yo nací!—
 (Espanto de Fernando.)

Nada te he dicho hasta hoy,
 ni de la boda aplazada,
 ni de apuros, ni de nada...
 porque...—ve qué franco soy—
 ha tiempo que arrepentido
 te consideraré de todo,
 ¡y Dios sabe de qué modo
 desde entonces he vivido!—
 Pero hoy sólo tengo ya
 los fondos que tú me diste...
 (Explosión de alegría en Fernando.)

FERNANDO. ¡Conque ese dinero existe!...—
 ¡Pues todo arreglado está!—
 ¡De usted son los diez mil duros!...
 ¡Para eso los traje aquí!—
 ¡Pague á todo el mundo... y
 salga por siempre de apuros!
 (Don Blas no se reanima.)

BLAS. ¡Por siempre!...—En primer lugar,
 alma generosa y buena,
 sabe que es mayor mi pena...:
 esto no es más que empezar...—
 (Asombro de Fernando.)
 Y ten además presente
 que favores en su daño...

no se piden á un extraño...,
 si se aceptan de un pariente...—
 Por eso...—dispensa...—debo
 darte títulos...

(Dolor y confusión de Fernando.)

FERNANDO. ¿Qué escucho?
 BLAS. ¡Hay dones que estimo mucho...;
 pero hay otros que repruebo!—
 Para aceptar, pues, tu ayuda
 de noble y sencillo modo,
 necesitaré, ante todo,
 que me saques de una duda...—
 Y después te iré explicando
 lo demás que habrá que hacer...

FERNANDO. (¿Qué le voy á responder?)

BLAS. Dime la verdad, Fernando.—
 ¡Con una palabra sola;
 pero palabra de honor!...—
 ¿Recuerdas tu antiguo amor?
 ¿Quieres casarte con Lola?

FERNANDO. (Aturdido.)
 ¿Yo?—Le diré á usted, Don Blas...

BLAS. ¿Qué? (Asombrado.)

FERNANDO. Yo...

BLAS. ¿No quieres ser mi hijo?

FERNANDO. Perdone usted, si le aflijo...

BLAS. ¡Basta! ¡No me digas más!

FERNANDO. Entienda...

BLAS. ¡Calla, cruel!... (Rechazándolo.)
 que tu lástima me hiera!

FERNANDO. (Con brío.)

¡Si es ella quien no me quiere!—
 (En voz baja.)

- Dolores ama... á Miguel.
 BLAS. ¡Me engañas!
 FERNANDO. ¡Señor!...
 BLAS. ¡Te engañas!
 FERNANDO. ¡No me engaño, por mi mal!
 ¡Ha tiempo que este puñal
 va clavado en mis entrañas!
 BLAS. (Medio convencido, ante la solemnidad de Fernando.)
 Luego ¿tú la quieres?
 FERNANDO. (Valientemente.) ¡Sí!
 BLAS. Pues oye: estás obcecado...—
 Nadie el caso me ha contado...
 ¡Yo mismo todo lo oí!—
 Miguel requirió á Dolores
 la noche que se ausentó,
 y ella, altiva, se rió
 de tan indignos amores.
 FERNANDO. ¡Despecho, furia sería!—
 (Con igual fuerza de convicción.)
 ¡Yo, esa noche inolvidable,
 vi su amor incontrastable,
 y aún lo veo todavía!
 BLAS. Pues yo te digo que hoy,
 aquí, de su propio grado,
 ella misma me ha encargado
 el paso que dando estoy...
 FERNANDO. ¡No me sorprende, Don Blas!
 (Con amargura.)
 ¡Ni me engañará el deseo!...—
 ¡Lola..., con pena lo veo,
 se vende por los demás!—
 ¡Mas delira si lo piensa! (Con energía.)
 ¡Que ni acepto el sacrificio,

- ni tan corto beneficio
 merece tal recompensa!
 BLAS. (Con altivez y enojo.)
 ¡Muy bien! Solo hasta la muerte,
 lucharé con la agonía.—
 Fernando, desde este día
 nada puedo agradecerte.—
 (Le alarga unas llaves, que Fernando no toma.)
 Si no obtuviste ventaja...,
 te libras de mis apuros...—
 Recoge tus diez mil duros...
 No tengo otra suma en caja...
 FERNANDO. ¡Antes me dejo matar!—
 (Terrible.)
 Somos socios: he corrido
 su misma suerte: he perdido...,
 ¡ya me tocará ganar!
 BLAS. ¡Es que aquí mando yo solo!
 FERNANDO. ¡Pero no en mi honor!
 BLAS. (Conmoviéndose.) ¡Ah, necio!
 FERNANDO. ¡Dirán que esto es un desprecio!...
 BLAS. ¡Dirán que aquello fué un dolo!—
 ¡Aún eres menor!
 FERNANDO. (Furioso.) ¡Yo soy
 su hijo de usted, que lo adora!—
 ¡Sépallo, pues, desde ahora:
 A Buenos Aires me voy!
 BLAS. ¿Qué?... (Espantado.)
 FERNANDO. ¡A Buenos Aires!... ¡Soltero!...
 ¡Por la herencia de Dolores!
 BLAS. ¡Nunca! (Procurando abrazarle.)
 FERNANDO. ¡Mañana! (Huyéndole, llora.)
 BLAS. ¡No llores!

Ven á mis brazos...

FERNANDO. ¡No quiero!
¡Sin comprar á esa mujer,
era yo un hijo de ustedes!...—
Hoy desprecian mis mercedes...—
¡No me volverán á ver! (Se sienta y llora.)

BLAS. (Aparte.)
(Dudo... ¡Terrible momento!)
(Pausa.)—(Don Blas llora, dándole la espalda.)

FERNANDO. (Levantándose de pronto y acercándose mucho á Don Blas.)
¿Y por cuánto es ese embargo?

BLAS. (Ocultando sus lágrimas.)
¡Verdugo! ¡El licor amargo
brindas al labio sediento!—
Acepto el cáliz...—Rubor
por rubor, debo escoger
éste, que me evita hacer
público mi deshonor...—
Los cielos mi vida alarguen
y hagan que pagarte pueda...—
Mi honor á tu cargo queda...—
¡Fernando, que no me embarguen!
(Le alarga otra vez las llaves; Fernando las toma.)

FERNANDO. Mil gracias...—No embargarán.
(Se abrazan.)—(Pausa.)

BLAS. Conque hablemos de después...
(Tímidamente.)

FERNANDO. (Asustado.)
¿De la Fábrica?

BLAS. Así es.—
Ya te he marcado mi plan.—
Como director y dueño,
tú explotas, dispones, mandas;

tú haces de hierro demandas...
y á mí... un salario pequeño
me das para sostener
esta casa...—¿Otra vez dudas?—
Si tú de veras ayudas...

FERNANDO. (Sombrio.)
¡Nada de eso puede ser!

BLAS. (Sin entenderle.)
¿Cómo? ¿Te arrepientes cuando
ya me has hecho consentir?

FERNANDO. (Sin oírle.)
¡Nada! ¡Me tengo que ir
á Buenos Aires!

BLAS. ¡Fernando!
¡Tú te burlas!

FERNANDO. ¡Disparate!

BLAS. ¡Yo no me burlo jamás!

BLAS. Pues no comprendo...

FERNANDO. (De rodillas.) ¡Don Blas!
¡Máteme usted!

BLAS. ¡Que te mate!

FERNANDO. ¡Usted me cree con dinero!
Piensa que la otra mitad
de aquella suma...

BLAS. ¡Es verdad!...

BLAS. La guardaste... (Lo levanta.)

FERNANDO. ¡Ay, Dios! Yo muero...

BLAS. ¿Cómo?

FERNANDO. Que no la guardé.

BLAS. Pues ¿qué has hecho, desgraciado?

FERNANDO. Perderla...

BLAS. ¡Nunca has jugado!—
¡Dudo de tu buena fe! (Con desprecio.)

- FERNANDO. ¡Don Blas, créame, por Dios!—
¡No tengo un maravedí!
- BLAS. (Caviloso.)
¡No tienes!... ¡No tienes!...—¡Sí!...
¡Las dos han sido!..., ¡las dos!—
(Con furia.)
¡Mi mujer!... ¡Lola, sin duda!...
¡La enamorada doncella!
- FERNANDO. ¡No, señor! (Con gran vehemencia.)
BLAS. ¡Ha sido ella!
- FERNANDO. ¡Ella, que le ama y le ayuda!...
¡No acuse usted á Dolores!
No le he dado casi nada...
- BLAS. ¿Fué á mi mujer?
- FERNANDO. ¡Desdichada!
¡Ella pedirme favores!—
No, señor... ¡Siempre el rival
ha visto en mí de Miguel!...
- BLAS. (Con ímpetu.)
¿Entonces... (Acusándole de nuevo.)
- FERNANDO. (Con desesperación.) ¡Se los dí á él!—
¡Perdóneme, si hice mal!
- BLAS. ¡Jesús!... (Tapándose el rostro con las manos.)
- FERNANDO. Me habló de morir...
Lo amaba como á un hermano...
¿Qué hacer?... Le puse en la mano
lo que me pidió al partir...
- BLAS. (Encarándose con uno de los retratos.)
¡Padre!
- FERNANDO. (Siguiéndole.—Vuelven al proscenio.)
¡El secreto me ahogaba
desde que usted sospechó
que, por otras causas, yo

- diez mil duros le negaba!...
- BLAS. ¡No digas más! ¡Lo comprendo!
Le diste cuanto valía (Ira reconcentrada.)
todo, casa y Ferrería...—
¿Cómo, pues, hoy te las vendo?—
(Sarcasmo.)
¡Negociante de mi honor,
giró el vil contra mis bienes!...—
Tuyos son... Libres los tienes...
¡No dudes de su fiador! (Delirante.)
¡No dudes, no...; pues de fijo
ya él sabía, y tú también,
que entre los hombres de bien,
paga el padre por el hijo! (Estallando.)
- FERNANDO. ¡Ah, señor! (Con dolor y orgullo.)
- BLAS. (Huyéndole.) ¡La ira me abrasa!
¡Me dejó á merced de extraños!
¡Me estafó, y hace dos años
soy un mendigo en mi casa!
- FERNANDO. (Que le sigue.)
¡Don Blas! (Con amor.)
- BLAS. (Yendo á la escalera.) ¡Rosa!—¡No me queda
más consuelo que matarle!...
¡Yo debí desheredarle,
y él á mí me deshereda!—
¡Dolores!—¡Rosa!
(Cae en el sillón, después de dar estos gritos para que
bajen.)
- FERNANDO. (Socorriéndole.) ¡Don Blas!...
¡Dolores!—¡Ven, que se muere!
(Yendo á la escalera.)
- BLAS. ¡Yo le maldigo!—¡No espere
volver á verme jamás!

ESCENA VI

DICHOS, DOLORES y DOÑA ROSA

ROSA. ¿Qué es esto?
 DOLORES. (Llegando al sillón.) ¡Padre!...
 BLAS. (Á Dolores.) ¡Me humillas!
 ¡Aparta! ¡Al verte me asusto!
 (Se levanta y huye.)
 ROSA. (Á Fernando indignada.)
 ¿Qué le has dicho?
 BLAS. ¡Honrad al justo!
 ¡Todos ante él de rodillas!
 ROSA. }
 DOLORES. } ¿Fernando? (Sin comprender.)
 BLAS. } Á su caridad
 dos años ha lo debemos
 todo..., ¡hasta el pan que comemos!
 ROSA. ¡Blas! ¿qué dices?
 BLAS. La verdad.
 Él pagó la Ferrería
 á Miguel... Él se ha arruinado
 por Dolores... ¡Nos ha dado
 todo cuanto poseía!—
 ¡Todo por tu amor, ingrata!—
 ¡Por ella, por la cruel,
 que ama entretanto á Miguel!...—
 ¡Oh Dios! ¡Esta idea me mata!—
 ROSA. Hija... (Á Dolores, de un modo indefinible.)
 (Fernando á la izquierda, cruzado de brazos, mirando
 al suelo.)
 BLAS. (Á Doña Rosa.) ¡Ventel!...
 ROSA. ¿Adónde vas?

BLAS. ¡Á pedir de puerta en puerta!
 ROSA. (¡Tiene razón!—¡Estoy muerta!)
 DOLORES. Deténgase usted, Don Blas.
 (Pausa.)
 En todo cuanto aquí pasa
 no hay por qué apurarse así...
 Yo en casa de usted viví...
 Hoy vive usted en mi casa.—
 (Asombro de los padres.—Fernando tiembla, y no la
 mira.)
 Por socorrer á mi hermano...
 he perdido mi caudal...
 ó el de mi esposo... Es igual...
 ROSA. ¡De tu esposo!
 DOLORES. Ésta es mi mano.
 (Se acerca á Fernando, y se la tiende.)
 (Fernando la coge con finura, confusión y frialdad.—
 Don Blas dice severamente desde lejos:)
 BLAS. ¿No adviertes que no la admite?—
 ¿No ves que se niega?
 DOLORES. (Con tranquilidad.) ¿Él?
 BLAS. ¡Tiene celos de Miguel!
 FERNANDO. ¡Ya lo sabe! (Con gravedad.)
 DOLORES. ¡Y lo repite!
 (Con indulgente recriminación.)
 FERNANDO. (Vacilando.)
 Dolores... (Doña Rosa llora.)
 DOLORES. (Á Fernando.) ¡Basta! (Cogiéndole las dos manos.)
 BLAS. (¡Hija mía!)
 DOLORES. ¡Hoy con él me casaré
 (Volviendo la cabeza hacia Don Blas.)
 aunque me esquite, y seré
 su sierva, y él mi alegría!—
 Mañana usted pagará;

después á América iremos;
con mi herencia volveremos,
y Dios nos bendecirá.

FERNANDO. ¡Oh!... ¡Lola!...

(Extasiado, pero todavía algo remiso.)

BLAS. (Aparte.) ¡Qué hija tan buena!

FERNANDO. (Escucha...) (Aparte á Dolores, muy cariñoso.)

DOLORES. ¡Di que sí á todo!

¡No olvides que, de otro modo,
nos moriremos de pena!

(Mirando á sus padres.)

FERNANDO. (En voz alta.)

¡Ah! ¡yo te amo!

(La estrecha las manos, y se la presenta á Don Blas y Doña Rosa.)

DOLORES. (Con nobleza y ternura.) ¡Lo sé!—

(Á Don Blas.)

¿Y usted se conforma?

BLAS. ¡Sí! (La abraza.)

¡Perdóname! Injusto fui
cuando de tu alma dudé.—

(Doña Rosa y Fernando se abrazan.)

(Á Fernando, tapándole la boca para que no replique.)

Aún mi propia hacienda es mía...—

Te la vendo...—En tasación

pagas de más...—Tuyas son

la casa y la Ferrería.

Te haré hoy mismo la escritura;

hoy mismo te casarás;

mañana tú pagarás,

¡y Dios nos dará ventura!—

(Abraza á su mujer.)

Si no ganas con el hierro, (Alegría senil.)

vuelves á ser labrador,
y si esto es mucho, pastor,
¡y yo del rebaño el perro!—

(Va de Dolores á Fernando. Lloro y ríe.)

¡Hija del alma!—

(Á Fernando.) ¿Lo ves

cómo te amaba? ¡Á su hermano

socorrió con noble mano

para pagarte después!—

(Mirando á Doña Rosa.)

¡Mas nunca del desertor
vuelva á hablarse en mi presencia!...

¡Hágalo rico el Señor!—

Conque... la pareja fiel (Muy alegre.)

es bueno que se atavie...

FERNANDO. (Á Dolores.)

(¡La vez primera que ríe
desde que se fué Miguel!)

BLAS. (Á Doña Rosa.)

Desecha ya la amargura...

se acabaron los suspiros...—

¡Eal Vamos... Id á vestiros,
mientras yo le escribo al Cura.—

(Se dirige al despacho.)

(Actividad febril.—Se para.)

¿Padrino?... Don Gil.—Espera...—

(Á Fernando.)

¿Testigos?...—En fin, Fernando,

(Empujándole hacia la calle.)

ya tú lo irás arreglando

todo de cualquier manera...

(Entra en el despacho.)

FERNANDO. (Viendo cogidas de la mano á Doña Rosa y Dolores.)
 ¡Ay, cuándo podré lograr
 verlas francas sonreir!—
 Voy, por de pronto, á impedir
 que le vengan á embargar.) (Sale á la calle.)

ESCENA VII

DOÑA ROSA y DOLORES

(Cuando se ven solas, se abrazan.)
 ROSA. (Llorando.)
 ¡Dolores!
 DOLORES. (Con entereza.) ¡Madre querida!
 ¡Silencio!
 ROSA. ¡Piensas en él!
 ¡También yo!
 DOLORES. (Con disgusto.) ¡Miguel!
 ROSA. (Con dolor.) ¡Miguel!
 ¡Le amaste?
 DOLORES. ¡Toda mi vida!
 ROSA. ¡Bien lo sé! (Acariciándola.)
 DOLORES. ¡Ya no le amo;
 que ese amor, por él deshecho,
 difunto sale del pecho
 con el llanto que derramo!
 ROSA. ¿Tú no le escribías?
 DOLORES. ¡No!
 ROSA. Mas ¿le socorrías?
 DOLORES. ¡Sí!
 ROSA. (Bajando la cabeza.)
 ¡Y te dejó como á mí!

DOLORES. ¡Ay, madre, él nunca me amó!
 ROSA. ¡Tal vez tu amor ignoraba!...
 DOLORES. ¡No en verdad! ¡lo supo un día!—
 ¡Pero él no se merecía
 la pasión que yo ocultaba!
 ¡Burla y escarnio sangriento
 hizo de este amor honrado,
 amor inmenso y sagrado,
 del alma cruz y contento!...
 ¡Y al fin en llanto infecundo
 trocó la fuente escondida
 que en sí atesoraba vida
 para embellecer el mundo!...—
 ¡Cuánto sufrir! Ante mis ojos
 mil veces, loco de amores,
 á otras prodigó sus flores,
 dejándome los abrojos...
 Sólo una vez su mirada
 fijó en mi pasión intensa...
 y, en vez de halago, una ofensa
 vi en sus ojos retratada...
 Y en pos de otro amor se fué,
 y en otros vive soñando...—
 Me casaré con Fernando...
 Sí, madre, me casaré.
 ROSA. ¡Oh, cuánta dicha ofrecía
 tu alma á Miguel!
 DOLORES. ¡Suya era!
 ¡Y no hallará quien le quiera
 cual le quiso el alma mía!—
 ¡Triste condición humana!
 Porque no me amó jamás,
 por eso me rendí más

á su inclemencia tirana...
 ¡Y del cielo no venía
 un castigo en su desdén!...
 ¡Yo desdeñaba también
 al que tierno me quería!—
 ¡No amor! ¡Soberbia insensata
 fué tan horrible tormento!
 ¡pedir agradecimiento,
 y en cambio ser una ingrata!—
 ¡Oh! ¡Sal de mi corazón,
 furia que así le devoras,
 y amargo veneno lloras
 por llanto de compasión!
 ¡Tú del bien me has apartado,
 me enseñaste la mentira,
 y alimentaste en tu ira
 las penas de un hombre honrado!
 ¡Tú diste la desventura
 á cuantos bien me han querido...;
 pero ya te ha destruído
 del honor la lumbre pura!

ROSA.

¡Ah, Miguel!—

(Como si lo viera en sueños da un grito súbito.)
 (Entra Fernando en el portal.—Doña Rosa se vuelve,
 lo ve, y añade:)

¡Jesús!... ¿Creerás...—

(Á Dolores.)

Pero no es él...—¡He soñado!

ESCENA VIII

DICHAS y FERNANDO, de levita negra y sombrero de copa,
 con gabán claro, de verano, al brazo.—Viene de la calle.

(Fernando ve que las mujeres lloran, y desistiendo de
 acercarse á ellas, se dirige al despacho.)

DOLORES. (Con viveza.)

¡Ven! Cuenta...

FERNANDO. ¡Nada! He citado
 al acreedor de Don Blas,
 á fin de que cobre... hoy.

(Enseña las llaves que saca del bolsillo.)

ROSA. (Yendo á él.)

¡Ah! ¡gracias!... (Tierna y confusa.)

DOLORES. (Trayéndole al proscenio.)

(Con dulzura.) ¡Qué bueno eres!—

Fernando... ¡cuánto me quieres!—

ROSA. Arriba te aguardo...

DOLORES. Voy.

(Dolores la empuja dulcemente hacia la escalera, y ella
 se queda en el primer escalón, con la cabeza vuelta
 hacia Fernando.)

ESCENA IX

DOLORES y FERNANDO

DOLORES. (Con gracia y ternura.)

Adiós...

FERNANDO. (Va por ella, y la trae al proscenio.)

(Con generosidad.) ¿Has llorado?

DOLORES. Sí...

Pero tu bondad, la calma
 siempre devuelve á mi alma...—

¡Nunca te apartes de mí!
Si me ves triste, no creas
lo que has creído otras veces...—
Tú serás..., sí, tú mereces
ser feliz...

FERNANDO. ¡Bendita seas!—

¡Oh! ¿no me acusas?

DOLORES. (Recriminándole.) ¿Fernando?

FERNANDO. ¡Mira!... ¡Por mi alma te digo
que si hoy me caso contigo,
CS...

DOLORES. (Con grandeza y coquetería.)

¡Porque yo te lo mando!

FERNANDO. Pero eres libre...—Aun después
de casados, no me veas
ni me hables...

DOLORES. ¡Bendito seas
tú, y sólo tú! ¡Yo á tus pies
debo estar eternamente!...

FERNANDO. (Con modestia y pasión.)

¡Calla!...

DOLORES. Escucha en confesión
á tu esposa... (Se apoya en su hombro.)

FERNANDO. ¡Tú! (Enajenado.)

DOLORES. ¡Perdón!..

¡He amado á Miguel!

FERNANDO. (Asustado.) ¡Ah! ¡tente!

DOLORES. ¡No temas!.. Mientras le amé,
callar supe...—¡Aún callaría!—
¡No te lo he dicho hasta el día
en que de amarle dejé!—
¡Dos años de suspirar,
yo por él y tú por mí!..

bastaron para que aquí

(Señalando con sinceridad á su corazón.)

ocupes hoy su lugar!

FERNANDO. (Arrobado.)

¡Lola!...

DOLORES. (Con rubor y gracia.) Adiós...

FERNANDO. (Suplicante.) ¡Lola!

DOLORES. (Abandonándole las manos.) ¡Fernando!

FERNANDO. ¡Qué feliz soy!... (Se las besa.)

DOLORES. (Sonríe, enseñándole las manos.)

Ya lo ves...:

¡y lloras!—Dime después...

(Se va, haciéndole desde la escalera un fino ademán de despedida.)

FERNANDO. (Se lleva las manos á los ojos, se las mira, y dice con sorpresa.)

¡Es verdad!... ¡Estoy llorando!

(Dirigíase al despacho, cuando se oye el punteado de una guitarra, que toca fandango, y aparece en el fondo del portal una mujer ciega, conducida por una niña. La mujer toca la guitarra, y canta desde el tramo de la puerta de la calle.)

LA CIEGA. (Canta.)

«Algún día llorarás,
cuando ya no haya remedio...
Me verás y te veré,
pero no nos hablaremos.»

FERNANDO. (Que se ha parado á oír la copla, saca una moneda,
llega á la cancela y dice á la niña:)

Tome, hermana...

(Se van las pobres.—Fernando se dirige al despacho,
con la cabeza baja, diciendo melancólicamente:)

¡Siempre ha habido

víctimas de esa sentencial...
Amores, llantos, ausencia...,
y luego... ¡muerte ú olvido!—
(Entra en el despacho.)

ESCENA X

MIGUEL

(Pausa.—Se oye la misma copla, lejos, y, cuando ya va atenuándose, aparece Miguel en el portal, con ropa de viaje, deslucida, gris, y sombrero de paja, bolsa de camino colgada y toda la barba.—Detrás de él viene un mozo de diligencias con una gran maleta al hombro, y la deja en el patio, junto á una pared, y se marcha.—Miguel entra con cuidado. Se quita el sombrero, y dice con naturalidad, pero con unción:)

MIGUEL. ¡La bendición de Dios sea
en mi casa!...—¡Guarde Dios
á mis padres!...—¡Al fin toco
mi tierra de promisión!...—
¡Me parece un sueño!...—¡Nadie!...
(Mirando á todos lados.)
Tal vez duermen...—¿Subo?—No...
¡Calma!...—¡Ay, cielos! ¡mi familia
me infunde duda y terror!...—
(Se apoya sobre la mesa.)
¡No puedo más! (Pausa.)—¡Cuántas veces,
en mi peregrinación,
soñé con tu dulce sombra,
santo albergue protector!...—
¡Nada, nada ha cambiado!...
¡Qué paz en esta mansión!...
¡Cómo se conforta el alma
del triste!...—¡Dos años..., dos!—

Tiemblo el momento de verlos...—
Siento pasos...—No; soy yo:
¡es mi corazón, que salta
de deseo y de temor!—(Pausa.)
¿Á quién hablaré primero?—
¿Á mi santa madre?...—¡Oh, no!...
¡Se moriría!...—¡Mi padre!...—
(Señalando al despacho.)

¡Allí está..., con su sudor
tal vez amasando el pan
que nunca aquí me faltó!...—
¡Ah, padre..., cuánto he sufrido
por mi loca rebelión!
¡Bien te vengaron los cielos
de mi ingratitud atroz!...
¡Pobre..., herido..., despreciado
del mundo, una hora llegó
en que vi sobre mi frente
escrita tu maldición!...—

(Se sienta en la silla de Dolores. Liévase la mano al
pecho, como sintiendo dolor en la herida de que se le
cree curado.)

¡Ay! ¡esto es morir!...—¿Qué miro?...
¡Dolores!... ¡Su bastidor! (Lo besa.)—
¡Dolores!... ¡Ángel del cielo!
¡Luz del alma!...—Suyos son
los misteriosos auxilios
que recibí...—¡Cuánto amor!...—
¡Ah! Tan luego como supe
su divina abnegación,
¡cómo germinó en mi alma
el bien regenerador!
¡Cómo se alzó en las rutinas

de tanta innoble pasión,
 pura y sublime su imagen!
 ¡Ella sola me guió
 por el desierto!... ¡Ella ha sido
 la columna con que Dios
 ha encaminado mis pasos
 á la virtud y al honor! (Se levanta.)
 ¡Qué ingrato, qué ingrato he sido!...—
 ¿Me perdonarán?—¡No!..., ¡no!...;
 (Mirando al despacho.)
 que fué muy grande mi culpa...,
 tremenda mi rebelión!...—
 (Pausa.)—(Anímase de pronto.)
 ¡Pero es mi padre!... ¡Y Dios Padre
 sus enojos aplacó
 al ver morir á su Hijo!...—
 (Llama con ambas manos á la puerta del despacho.)
 ¡Padre! ¡Yo muero!... ¡Perdón!

ESCENA XI

MIGUEL, DON BLAS, de levita negra, y FERNANDO.
 Luego DOLORES, y después DOÑA ROSA. Las mujeres
 con mantilla y abanico.

MIGUEL. (Al ver á Don Blas.)

¡Padre!

BLAS. ¡Ah!... ¡Tú!—¡É!

(Después de la rápida primera alegría, huye hacia el
 proscenio sin abrazarle.)

FERNANDO. (Huyendo hacia la escalera.) ¡Miguel!

MIGUEL. (Siguiendo á Don Blas.) ¡Padre!
 ¡Soy Miguel!

BLAS. (Volviendo la cara.) ¡Huye!... ¡No! ¡no!

MIGUEL. ¡Fernando!

(Se vuelve á él, indicándole que aplaque á Don Blas.)

FERNANDO. (Se acerca á Don Blas, y le dice, señalándole piadosamente á Miguel.)

¡Don Blas!...

DOLORES. (Apareciendo en la escalera.) ¿Qué?...

MIGUEL. (Que la ve, corre á ella, diciendo:) ¡Lola!

DOLORES. ¡Miguel!...

(Avanza, y luego retrocede horrorizada.)

¡Miguel!

MIGUEL. (En medio de la escena, solo.) ¡Por favor!
 ¡Todos me cierran sus brazos!

BLAS. (Sin mirarle.)

¡Es tarde! ¡Ampárete Dios!

MIGUEL. ¡Dios mío! ¿No hay quien me acoja?

ROSA. (Apareciendo.)

¡Hijo de mi alma! ¡Yo!

MIGUEL. (Abrazándola.)

¡Madre! ¡Madre de mi vida!

ROSA. ¡Le queda mi corazón!

(Dice esto abrazada á Miguel, y mirándolos á todos
 con arrogancia.—Don Blas, á la derecha, furioso, se
 enjuga una lágrima con el revés de la mano, sin mi-
 rar al grupo.—Dolores, inmóvil, al otro lado del
 proscenio, mira al suelo como quien ve un abismo.—
 Fernando, cruzado de brazos, en el fondo, domina el
 cuadro con su serenidad.—Cae el telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO